

en el espacio y en el tiempo, han dado origen a modos interiores de *estar* en la vida. Lo serio y lo grave del anarquismo español es su auténtica españolidad. Tras él laten siglos de soledad desesperada y esperanzada, de confianza en la luz interior, de recelo de toda justicia y orden exteriores» (*La realidad histórica de España*, quinta edición, página 303. México, 1973).

Casi al desgaire, así lo ha apuntado don Américo, proporcionando como decimos una de las más lúcidas interpretaciones sobre uno de los quicios de nuestra historia contemporánea y de todo su conjunto. Frente a las consideraciones al uso de este castizo y a la vez universal fenómeno del pasado hispano, romas o alevosamente reduccionistas, la reflexión de Castro supone, cuando menos, un punto de partida en extremo útil.

También con implicaciones en todo el despliegue de nuestro ayer, pero con singular incidencia en el hoy, se presenta la opinión de Castro acerca de la tópica cuestión de las dos Españas. Representante arquetípico para muchos por su obra y vida de una de ellas —la erasmiana, la ilustrada, la institucionista—, don Américo ha expuesto incesantemente su negación de tal dicotomía. Rebosante de modernidad en formación, gustos e inclinaciones políticas, Castro ha fijado su mirada en una idea que aparentemente está muy próxima a la defendida por los paladines del tradicionalismo y conservadurismo hispano y europeo. En la noción y vivencia religiosa estriba el fundamento último del discurrir de un pueblo y de una cultura. De esta manera, la obra de Castro se nuclea y explica en torno a la meditación acerca de la forma en que la idea de trascendencia ha operado sobre el hombre y la civilización peninsulares. Meditación llevada a cabo desde una posición ortodoxa e impecablemente laica, más probativa y sugeridora, empero, que la mayor parte de las acometidas desde posturas confesionales, a menudo jactanciosas y arriscadas. ¿Teología de la Historia, pues? No. Pesquisa y búsqueda obsesiva de lo genuinamente hispano, que ha dejado su más honda huella en un «vivir desviviéndose». Sin una honda concepción religiosa —peculiar y hasta deformada, se experimenta la tentación de añadir—, un modo de existencia así vendría a ser por entero incomprendible. En advertir la identidad de fondo de «ortodoxos» y «heterodoxos» españoles, de clericales y «comecuras», de místicos y arbitristas consiste tal vez el rasgo más genial y definitorio de toda la densa y azorante reflexión de Castro *Sobre el ser de los españoles*. Todos los capítulos y vicisitudes de esta historia pueden y deben considerarse como simples y lógicos epifenómenos de esta concepción, nutrida de una muy específica idea de lo religioso, explicada y movida por ello. La virtualidad y posibilidad de una España distinta a la imperante y real a lo largo de varios siglos no se ha generado para Castro en supuestos distintos, sino en modos y maneras diferentes que aspiraban a alcanzar un mismo fin. Nada más parecido a la frailocracia que ya sus críticos del XVII apostrofaban que el universo proyectado por arbitristas y leguleyos. Nada más parecido al absolutismo fernandino que la España forjada en los sueños e ideales de los liberales de la primera hora. El condicionamiento religioso ha sido tan fuerte que jamás se ha podido pensar en una réplica o una respuesta que no estuviera impregnada del mismo espíritu que lo que rechazaba.

Sin duda, con esta clave de lectura, épocas anchas de nuestro ayer remoto e

inmediato nos ponen al descubierto sus secretos y hacen más inteligible nuestra historia. Una indagación erudita, un planteamiento historiográfico atento al desenvolvimiento de las fuerzas productivas e incluso algún filósofo de la historia mostrará su desacuerdo con el reduccionismo o las licencias cronológicas tomadas por don Américo en su quehacer, pero la almendra de éste subsistirá como un foco poderoso para descifrar el enigma que para muchos ha supuesto y supone las motivaciones profundas que han inspirado las idas y venidas de los españoles por un pasado de cinco siglos.

Como escudo a sus detractores, Castro ha subrayado el deseo de contribuir a la concordia de los españoles y al predicamiento de su nación con los trabajos salidos de su pluma y, muy en particular, con su magna obra *La realidad histórica de España*. Pese a la pulcritud de su análisis y a la pretensión de no dañar ningún sentimiento, es obvio que para don Américo la instalación de España en el mundo moderno y su desenvolvimiento dentro de él no han sido los más adecuados para desarrollar las inmensas posibilidades que su inigualable legado medieval había entregado, ni tampoco para alcanzar y mantener la primacía dentro de una civilización en la que no encajaban las ideas defendidas por España. Ni pragmático ni positivista, más bien al contrario, sobre todo en su madurez y ancianidad, don Américo pensaba que el balance de la España moderna no era muy halagüeño en orden a construir una sociedad nacional y justa; y menguado en el externo al no haber podido contribuir de manera destacada al desarrollo de las palancas del mundo moderno. No obstante, las conclusiones a las que le condujeron sus trabajos en modo alguno comportaba un atenuamiento de su patriotismo crítico y un menosprecio hacia las grandes obras del espíritu español. La Historia de la modernidad hispana no constituía para él ni un despropósito, ni tan siquiera un error; sólo una frustración.

Otros encuadramientos y nociones de Castro se han mostrado igualmente muy positivos a la hora de penetrar en ciertos fenómenos históricos. Sin necesidad de hipostasiar la trascendencia historiológica de términos tan característicos del autor como del de «Morada» vital o «vividura», es lo cierto que su cruzada en pro de individualizar la etiqueta excesivamente abstracta con que se pretende intelegibilizar el proceso histórico es un acierto de grandes dimensiones y que ha servido, en el caso español, para comprender mejor la peculiaridad de nuestra historia a partir, especialmente, de los Reyes Católicos. La utilidad de tales interpretaciones no se acota indudablemente al campo literario, pero no hay por qué ocultar que su trasvase a parcelas del acontecer económico, político e incluso social resulta menos provechoso y no siempre posible desde la inadecuación del enfoque con la materia observada. Por otra parte, la concepción netamente humanista de las Ciencias Sociales tenida por don Claudio redujo el eco de sus formulaciones en campos alejados de la obra literaria y artística. La acusación de cuantitativismo a la obra braudeliana evidenció la incompreensión de don Américo hacia las corrientes historiográficas que creía de un ciego mecanicismo, contentándose con un repudio que no dejaba de ser simplista.

La crítica literaria, el entendimiento de eso que llamamos España, no puede ser ya idéntico a como lo fue antes de la producción de la figura señera de don Américo. Esta es la deuda que tiene todo español culto con ella y el valor por el que su nombre

se incluirá en los primeros lugares de los intelectuales del siglo XX que recogerán tratados y manuales de las centurias siguientes. Apagados o ensordinados los ecos de combates que enzarzaron entre sí a varios de los miembros de la generación del 1914, la personalidad diamantina de don Américo se presenta al historiador actual en toda unida a la de sus compañeros, juramentados en lograr después de fracasos sin cuento la definitiva modernización de España, hecha desde la sociedad y no desde el Estado, como había sido e iba ser frecuentemente en nuestra nación. Una misma pasión hispana les identificó y una misma amplitud de horizontes conformó sus obras, que hoy podemos calibrar bien como diferentes exvotos a una misma aventura. La de hacer comprender a España a los españoles. El contenido de su obra fue decisivo por su novedad y penetración. Todos nuestros saberes sociales se beneficiaron grandemente de su admirable aportación, no figurando la historiografía en último lugar.

JOSÉ MANUEL CUENCA TORIBIO
Facultad de Filosofía y Letras
Plaza del Cardenal Salazar
CORDOBA